

EL ESPEJO DE MILTON

Miguel Beltrán
(Universitat de les Illes Balears)



Habiendo acumulado las desdichas, derrotado, invidente, Milton acuña en blancos endecasílabos la naturaleza de su ánimo: Los heridos monólogos de Satan son el reflejo que deja de sí mismo el poeta, su más alto legado. Por ello, veladamente, el compendio de las motivaciones que Satan esgrime encierran una contumaz defensa y la secreta aquiescencia del autor del poema, quien se revela a sí mismo en el dolor que comparte con Satan. El resentido ángel caído es la réplica tortuosa del poeta, que no fue —como Blake declaró— el inconsciente aliado del demonio, sino su comprensivo cómplice, del mismo modo en que somos cómplices de la imagen que reflejamos, y en la que pretendemos perdurar.

Paradise Lost condensa una fatigada reflexión sobre el Mal. No sin ambigüedad Milton define a Satan como el autor del Mal, pero tiende abundantemente a convertirlo más bien en un asombrado perpetrador de aquel, en el inerme instrumento de su desarrollo. El Mal —en los controvertidos soliloquios de Satan— es desvelado como entidad, como Idea existente en sí misma, tesis opuesta a la extendida configuración del Mal como immanencia y relación. El mal —según Milton— se articula en la conspiración reflexiva, en el razonamiento. Nada aporta a él su burda traducción efectiva. [No reside, v. gr., en la tentación, sino en el propósito que induce a la serpiente a la ejecución de la misma]. La primacía de la mente, como el contexto en el cual prevalece la dicotomía entre el Bien y el Mal, pueden demostrarla estos versos,

*The Mind is its own place, and in itself
Can make a Heaven of Hell, a Hell of Heaven*¹.
(Book I, 254-5)

(1) La mente es su propia morada, y, en sí misma, puede convertir el Cielo en un Infierno, y el Infierno en un Cielo.

En ellos se describe la naturaleza íntima del infierno, cuyo inabarcable ámbito es la mente del culpable. Los sucesivos estadios de la reflexión de Satan, la versátil y cruel auto-comprensión a la que se somete, sólo puede ser registrada bajo la definición de culpa. Sólo quien no se ignora culpable puede pronunciar los siguientes versos:

*Which way I fly is Hell; myself is Hell
And, in the lowest deep, a lower deep
Still threatening to devour me opens wide
To which the Hell I suffer seems a Heaven*².
(Book IV, 75-8)

La naturaleza de "the lowest deep" es puramente mental. Milton describe como el ápice del castigo deparado al antiguo ángel la sucesiva inminencia de un dolor más profundo, entendida como el requisito incesante para la aparición del Mal; ello es acorde con la descripción física del infierno que nos proporcionan los primeros libros de la obra, la de un lugar en el que los espíritus derrotados pueden incluso, acompañándose de arpas, cantar sus combates o emitir pensamientos elevados. En Milton el Mal es siempre conceptual, nunca fáctico; esto es, no precisa de su perpetración para la existencia.

En el libro noveno, adentrado ya en el cuerpo de la serpiente con el propósito de tentar a la mujer, Satan descubre los móviles que le conducen a provocar su caída,

*Nor hope to be myself less miserable
By what I seek, but others to make such
As I, though thereby worse to me redound.
For only in destroying I find ease
To my relentless thoughts...*³.
(Book IX, 126-9)

En estos versos Milton itera que el pensamiento sin reposo es el subyacente requisito del Mal. Nos conduce además a la interpretación del pensamiento como consecuencia de la caída y —más importante— a la noción de inevitabilidad que está unida a la propagación de sufrimiento pretendida por Satan. Advertimos pues que Satan no elige propagar el Mal, sino que está ineluctablemente destinado a ello, pues es *víctima* del mismo. Satan no ejerce el Mal como libre venganza dirigida contra

-
- (2) Todo lugar al que vuela es Infierno; yo mismo soy Infierno, y, en el más profundo abismo, un abismo profundo, ampliamente abierto, amenaza devorarme; en comparación con él, el Infierno que sufro es parecido al Cielo.
- (3) Ni espero ser menos miserable por lo que intento —convertir a otros en lo que soy— aunque con ello redoble mis males. Pues sólo destruyendo encuentro alivio para mis pensamientos sin reposo.

Dios —aún cuando pueda, en algunos momentos, pretenderlo— sino debido a que la culpa carece de alternativa. No escoje ser malvado, sino que lo es inevitablemente, en tanto que culpable. Milton comprendió que la culpa subyuga a la voluntad, y la somete a sus dictados.

La tesis de que el refinamiento espiritual acrecienta el sufrimiento es ya declarada por Beélzebub cuando éste se pregunta si Dios habrá dejado intacto el espíritu de los ángeles caídos para de este modo incrementar su dolor. En *Paradise Lost*, la Culpa surge, como una diosa armada, de la cabeza en llamas de Satan, y sus gracias seductoras despertarán la pasión de éste, dado que el ángel contempla en ella “su perfecta imagen”. Satan, pues, se identifica con la Culpa, deseándola. En ello radica la paradoja del Mal, consistente en la estricta contradicción entre lo deseado (la Culpa) y la abierta conciencia de que lo deseable se opone a ella, cuando ambas residen en el mismo individuo; en el conocimiento de esta paradoja se asienta la naturaleza del Mal. De ello podemos inferir que Satan está, ante todo, condenado a éste. El Mal es su rigurosa condena.

De algún modo implícita en Milton se encuentra la tesis —declaradamente moderna— de que la inteligencia tiene necesidad de sufrir. Si el Mal es —como hemos visto— identificable con la Culpa, entonces Satan no es el artífice, sino el instrumento del Mal. El Mal transcurre en él como por un rapsoda transcurre el discurso ajeno. Al igual que el hombre, Satan es sólo inmediatamente culpable de conocimiento, y la misma fluctuación de su ánimo le define como esencialmente humano. Por ello mismo no mueve al repudio, sino a la compasión. Como Milton: Invidente, derrotado, habiendo acumulado las desdichas.